

justicia justificada. Así como las hermosas fuentes que derraman el agua en abundancia, aun cuando no haya nadie que la recoja, testifican la grandeza de una ciudad; así la grandeza de la misericordia divina pide que el agua de la doctrina evangélica, corra y se derrame, aunque se pierda mucha por falta de almas que estén dispuestas á recibirla. Por otra parte la justicia divina se justifica ya en vista del juicio final. «A fin de que seais justificado en vuestras palabras y salgáis victorioso en los juicios que de vos se formen.»<sup>1</sup> En efecto, entonces Jesucristo podrá mostrar á los réprobos, que nó tuvieron ninguna excusa, puesto que no faltó quien les advirtiera, aun cuando estaban en medio de sus maldades. ¿Y creeríais hacer poca cosa, cuando servís la causa de Dios justificando su Providencia?—2) En segundo lugar, son útiles al prójimo: porque si no veis luego el fruto de la semilla evangélica que derramais, ¿quién sabe si á su tiempo llegareis á verla? El sembrador tampoco vé en seguida brotar el grano en espigas bien llenas, pero á su tiempo será una buena cosecha. El dolor de una herida no se deja sentir inmediatamente después del golpe; así, á lo menos, por el efecto de vuestras palabras se abstendrán los pecadores algunas veces de pecar. ¿Y nó es muy bien empleada la fatiga, que llegue á impedir un solo pecado? No se deja vaciar la bodega de un navío porque se sabe que poco después le entrará otro tanto de agua.—3) Finalmente, serán ventajosos á vosotros mismos; porque si vuestros trabajos nó sirven á los otros, vos habreis cumplido con vuestro deber; y habreis adquirido muchos méritos. Nó se os pide que lleveis á impedir las culpas, sino solamente que apliqueis los medios para impedir las: nó sois pastor de las almas para sanarlas, sino para tener cuidado de ellas.<sup>2</sup> «Si te ha establecido presidente, ten cuidado de ellos.»<sup>3</sup> La recompensa que

<sup>1</sup> Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas eum judicaris. Ps. L, 6.

<sup>2</sup> Curam exigeris non curationem, *dice S. Bernardo al Papa Eugenio*, 1, 4. de Confid.

<sup>3</sup> Rectorem te posuerunt, curam illorum habe. Eccli. XXXII, 1.

recibireis nó será en proporción del fruto que hayais producido en el prójimo, sino que será medida por vuestros trabajos. † La obstinación de los otros en el pecado no es un perjuicio para vos; todo lo contrario; esta misma obstinación contribuirá á aumentar vuestro mérito y vuestra recompensa. Además, vuestro trabajo junto con el dolor de nó ver el fruto de él, constituye una causa de mayor perfección: así como el orar en medio de la aridez y de la desolación, merece más que el hacer oración en medio de las consolaciones espirituales. Excitaoos pues, á sacrificaros por Dios y por la salvación de las almas, sea cual fuere el resultado que deban tener vuestros trabajos.

*Protege nos Domine tuis mysteriis servientes, ut divinis rebus inhaerentes et corpore tibi famulemur et mente. Per Christum, etc.*

LECTURA. Imit. I, 3; III, 3.

## XVI MEDITACION

### Jesucristo en el Huerto de Gethsemaní.

OCTAVO DÍA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio*.—Representaos á Jesucristo en el huerto de Gethsemaní, lleno de tristeza, derramando por todo el cuerpo un sudor de sangre. Entra en el huerto una tropa de enemigos conducida por un traidor. El Salvador se adelanta al encuentro de Judas y le abraza, y los discípulos llenos de miedo viendo á su maestro en poder de los soldados, le abandonan huyendo vergonzosamente.

<sup>1</sup> Unusquisque mercedem accipiet secundum suum laborem, I. Cor. III, 8.



2. *Preludio.*—Pedid á Jesús la gracia de permanecer siempre á su lado, de padecer con él, de no hacerle nunca traición como Judas, y nó abandonarle nunca como los apóstoles. Con este fin decidle: »Hasta mi último suspiro, yo nó me alejaré de tu presencia; <sup>1</sup> » ó esta otra: «Los que se alejan de tí serán confundidos, porque han abandonado al Señor, que es la fuente de aguas vivas; <sup>2</sup> » ó también: «Aun cuando fuera necesario morir con vos, yo nó os negaré. <sup>3</sup> »

Esta meditación comprende tres puntos: 1.º Jesús afligido en el huerto, 2.º Jesús traicionado, 3.º Jesús abandonado.

I

Considerad los motivos de la extrema aflicción de Jesús en el huerto de Gethsemaní: allí se encuentran reunidos, su pasión, la causa de su pasión, y los efectos de su pasión.

1.—El primer motivo de una tristeza tan grande, fué la inminencia de la Pasión. Los tribunales más severos, para ocultar á un condenado el funesto aparato del suplicio, le vendan los ojos, para que no vea el hacha que le ha de cortar la cabeza; pues sería una barbarie exponer en detalle delante de él, todos los preparativos de su próxima muerte. Jesús, aunque inocente, no quiere gozar de estas leyes de una discreta suavidad: quiere que su primer tormento sea el considerar con espacio todos los dolores de la pasión, á fin de sentir interiormente todo el horror de ella antes de sufrir sus crueles efectos en todo el cuerpo. Este fué uno de los más grandes sufrimientos de Jesús, porque fué atormentado en su corazón, que es la parte más sensible de su humanidad. Y notad, que la ferocidad de los enemigos de

<sup>1</sup> Donec deficiam, non recedam a te. Job, XXVII, 5.

<sup>2</sup> Omnes qui te derelinquunt confundentur, quoniam dereliquerunt venam aquorum viventium, Dominum. Jer, XVII, 13.

<sup>3</sup> Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo. Matth, XXVI, 35.

Jesús no llegó á traspasar este corazón divino sino hasta después de la muerte, cuando agotado ya este corazón nó podía sentir el dolor de esta última herida. Jesús se infligía á sí mismo todos estos tormentos; y se servía de su poder y de su ciencia infinitas para aumentarlos. Sus dolores eran los inmensos sufrimientos que iban á descargar sobre él: la traición de sus amigos, la condenación de los tribunales, el abandono de los discípulos, los insultos del pueblo, la prisión, las cadenas, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz; en fin, todos estos tormentos representados en el espíritu de Aquel á quien ilustraban la ciencia adquirida, la ciencia infusa y las claridades mismas de la visión beatífica. Esta pena fué tan grande, que habría bastado para hacerle morir de dolor, como él mismo lo declaró á sus discípulos. «Mi alma está triste hasta la muerte. <sup>1</sup> » Mas la Divinidad que suspendía, en la parte superior del alma, toda la suavidad de la visión beatífica, y nó dejaba descender ni una gota para endulzar la amargura que había invadido la parte inferior, la Divinidad, digo, sostenía milagrosamente la vida de esta humanidad santa; la dejaba consumirse de pena, y nó permitía que la tocara la muerte, que era el único alivio que podía desear. Sí, Jesús hace milagros para atormentarse, y vos, cuando estais en la aflicción, en la enfermedad, pedís milagros para nó sufrir. Avergonzaos de tanta delicadeza, cuando Jesús os da el ejemplo de una paciencia tan admirable.

2.—El segundo motivo, más poderoso aun, de su grande y profundo dolor, es por los pecados que tiene que expiar. No hay tristeza en donde no hay pecado; y he aquí porqué en el cielo son tan puros los goces; porque allí no puede el pecado turbarlos. Jesús, para hacerse capaz de sentir la tristeza, se ha hecho pecado: «Se ha hecho pecado por nosotros. <sup>2</sup> » Ha tomado la semejanza del pecador y se ha cargado con todos los pecados del género humano. Por esto, al considerarse revestido con estas libreas, fué sobrecogido

<sup>1</sup> Tristis est anima mea usque ad mortem. Matth, XXVI, 38.

<sup>2</sup> Pro nobis peccatum fecit. II. Cor. V, 21.



de tal horror, y de tan grande confusión, que su rostro, lo mismo que el suelo en donde estaba postrado, quedó enrojecido con su sangre. Jesús sentía más dolor por un solo pecado venial, que los más grandes penitentes juntos sintieron jamás por todos sus pecados. Figuraos pues, cuáles hayan sido por consiguiente sus torturas, en presencia, nó de un pecado venial, ni de un pecado mortal; sino de una multitud de pecados mortales, de todos los pecados mortales ya cometidos, y los que debían cometerse hasta el fin del mundo. La amargura sin igual de este dolor fué semejante á la mar. «Tu dolor es grande como el mar. <sup>1</sup>» Nuestro dolor es un río dimanado de este mar. «Todos hemos recibido de su plenitud. <sup>2</sup>» Si toda contrición resulta del conocimiento de la divina Majestad ultrajada, y del amor del soberano bien desconocida, ¿en dónde pues, encontrareis más grandes que en Jesús este conocimiento y este amor? Así es que en él, fué la contrición más íntima que en los corazones de todos los penitentes juntos. Y ahora, ¿podreis tomar como un juego la ofensa de Dios, cuando eso que para vos es una gota de miel viene á ser para Jesús un inmenso océano de amargura? ¡Cuánto menos habría sido su aflicción en el huerto de Gethsemaní si vuestros pecados hubieran sido menores! Considerad la parte que teneis en esta dolorosa agonía del Salvador.

3.—El tercer motivo de su gran dolor, fué el ver que los efectos de su Pasión debían ser tan poco considerables: pues á pesar del remedio que les preparaba en su sangre derramada por la salvación del mundo, se habían de perder tantas almas eternamente. Si un capitán en el momento de empeñar el combate, se viese sin esperanza de vencer; y previese que había de derramar su sangre inútilmente, y sacrificar inútilmente su vida, en verdad que pensaría más en la pérdida de sus esfuerzos y de sus trabajos, que en sus mismos trabajos y esfuerzos. Esta es justamente la espina que

<sup>1</sup> Magna est velut mare contritio tua. Thren. II, 13.

<sup>2</sup> De plenitudine ejus nos omnes accepimus. Joan. I, 16.

penetraba profundamente el corazón del Redentor, en el huerto Gethsemaní. Ver que debía derramar, sin gran fruto, un río de sangre, capaz de lavar mil mundos; ver que debía vaciar sus venas por un Judas, que en ese mismo instante se cuelga de un árbol y cae en el infierno: que en el momento de su muerte, un ladrón muere á su lado y se condena miserablemente: que en el valle inmediato, en el día del juicio final, tendrá su muerte que reprochar al género humano, el haber correspondido tan mal á sus misericordias: ¡cuántos motivos de dolor! ¿De qué sirve derramar mi sangre? <sup>1</sup> » podía decir en este huerto: ¿*Quæ utilitas?* Bien podía para consolarse dirigir sus miradas hacia los escogidos, mas para quitarse todo motivo de consuelo, consideraba mas bien el número de los réprobos. Una sola alma que se hubiera perdido, habría bastado para hacerle morir: pensad pues en su dolor, cuando desde ese monte de los olivos, paseando por el mundo la mirada de su sabiduría infinita, y recorriendo todos los acontecimientos en la serie de los siglos, ve tan pocas almas salvadas y tantas perdidas. Ve perdido su amado pueblo hebreo, la porción escogida de su herencia; perdidas las ciudades, las provincias, los reinos enteros de los pueblos infieles ó paganos; perdido el cristianismo casi todo, en partes, bajo la acción de la herejía, en parte bajo los esfuerzos del cisma, y en fin, en otras por la ruina de las costumbres. Después de haber contemplado la abundante cosecha de las almas hecha por el demonio, ¡qué consuelo podía encontrar en recoger por tantos sacrificios tan poco fruto! «Yo he venido á ser semejante al que recoge en otoño los restos de la vendimia. <sup>2</sup> » Si nosotros, con nuestra inteligencia tan corta, con nuestra caridad tan fría, no podemos asistir, sin que se nos oprima el corazón, en los anales eclesiásticos, á la pérdida de tantas almas, á la separación de la Iglesia católica de tantos pueblos en Asia, en África, en Europa: ¿qué impre-

<sup>1</sup> *Quæ utilitas in sanguine meo?* Ps. XXIX, 10.

<sup>2</sup> *Factus sum, sicut qui colligit in autumnus racemus vindemiæ.* Mich. VII, 1.



sión recibiría Jesús en su corazón, cuyo conocimiento del precio de las almas era tan perfecto, y la caridad tan ardiente? ¿No estaba pronto para salvarlas, á derramar la preciosa sangre de sus venas hasta la última gota? Para consolar á nuestro Salvador de tan gran pérdida, prometedle emplearos en vuestro estado eclesiástico, en la salvación de las almas, y pedidle perdón, si tal vez alguna alma, con gran disgusto de Dios, se ha perdido por vuestra culpa.

## II

Considerad á Jesús traicionado en el huerto de Gethsemaní. En la traición de Judas, mirad, cómo una pasión mal reprimida conduce á un apóstol: 1.º á pecar gravemente, 2.º á obstinarse en el pecado, 3.º á morir en el pecado.

I.—La pasión de Judas fué la sed del oro; pasión contraria á la pobreza que profesaba al colegio apostólico. Desde el principio, esta pasión le indujo á sustraer algunas pequeñas monedas al tesoro común que se le había confiado. De una cantidad corta llegó á una cantidad más grande; y en seguida llegó á concebir el criminal proyecto de vender á su Maestro por treinta dineros; y al fin se atrevió á ponerse en relación con los enemigos de Jesús y estipular con ellos las condiciones de la traición. «La iniquidad ha arrastrado á Judas al abismo, porque no tuvo precaución contra las cosas pequeñas. <sup>1</sup> » He aquí á donde conduce poco á poco una pasión mal mortificada desde el principio: he aquí á donde condujo esa pasión á un apóstol enseñado en la escuela de Jesucristo, nutrido en la santidad, rodeado de tantos buenos ejemplos de sus compañeros; un apóstol que había predicado á los otros el despego de los bienes temporales, que había hecho milagros, que había arrojado al demonio de los cuerpos de los poseídos. Ante un ejemplo semejante, deben

<sup>1</sup> Judam in barathrum nequitiae, præcipitavit neglecta minimorum cautio. *Hugo de San Victor.*

temblar las más firmes columnas de la Iglesia. Los eclesiásticos viven, como Judas, á expensas de Jesucristo: tratan más familiarmente con Jesucristo: deben pues, temer la influencia de una pasión mal dominada. Tan luego como esta pasión os arrastre á algunas caídas aunque sean ligeras, reprimidla por la mortificación; pues de otro modo os conduciría á otras caídas más grandes. «Los que caen en grandes faltas, comienzan por caer en las pequeñas. <sup>1</sup> » Ordinariamente, ninguno llega á ser en un momento un malvado, así como ninguno llega á ser en un momento un santo. <sup>2</sup> Así pues, conviene ponerse en guardia aun contra los malos principios; pues éstos abren el camino al progreso del mal: así Judas debe haberse dicho al principio: «¿Qué gran mal» hay en robar una moneda? Esto nó puede «disgustar gravemente al Maestro» Sin duda también al principio, no creía Judas llegar hasta hacerle traición al Salvador. Tomad experiencia á expensas de los otros, y que la caída profunda de los demás os sirva de lección.

2.—Judas se obstina en su pecado, contra todos los impulsos de la gracia. Mirad todas las delicadezas que emplea el Redentor para atraerlo al buen camino: lo admite á su mesa, dice que es la última vez que come con ellos antes de su muerte; y Judas disimula. Durante la cena, Jesús declaró á los apóstoles que uno de ellos le entregaría; y Judas disimula todavía. Dice Jesús que el traidor es el que mete con él la mano en el plato; y Judas aparenta no comprender. Jesús hace con él las más grandes finezas: le lava los pies deseando purificar su corazón, y Judas no manifiesta nada. Jesús le da su carne como comida, su sangre como bebida; y Judas no se conmueve. En el huerto de Gethsemaní, Jesús va al encuentro del traidor, llamándole su amigo; le dá y recibe de él el ósculo de paz; en fin, le dice claramente que le hace traición: «Judas, tú entregas al Hijo del hombre por un

<sup>1</sup> A minimis incipiunt, qui in maxima prouunt. *Bern. de it. Vet mor. instit.*

<sup>2</sup> Nemo repente fit summus.



beso.<sup>1</sup> » Todo esto no basta para hacer que Judas vuelva á su deber. En su presencia, derriva Jesús á los soldados que van á prenderle; en su presencia también, cura á Malco la oreja que Pedro le había cortado; mas ya ni los milagros mismos pueden convertir á Judas. ¡Qué obstinación la de una alma endurecida en el mal! Pues así sucede cuando la pasión llega á dominar un corazón; entonces todas las delicadezas de la gracia son perdidas, y no llegan ya á conmover realmente, el corazón se deja siempre persuadido por la pasión, y nó por la gracia. Aquí debéis aprender dos lecciones: de Jesús aprended la manera afectuosa con que debéis tratar á los que os ofenden correspondiendo con ingratitud á vuestros beneficios: de la desgracia de Judas, aprended á nó resistir á las primeras invitaciones de la gracia: que vuestro corazón no se endurezca, porque haría inútiles mas tarde los dones más grandes de la misma gracia.

3.—Judas muere en su pecado. He aquí el término á donde conduce una pasión largo tiempo fomentada: ésta indujo á Judas á pecar, luego, á perseverar obstinadamente en su pecado, con la esperanza de obtener el perdón de la bondad tan conocida de su Maestro. En el ardor de la pasión y bajo la influencia de un pensamiento de interés, nó se dió cuenta del exceso á donde iba á parar; y sólo después de la última falta, fué cuando su conciencia le hizo ver la gravedad del mal que había cometido; y entonces el remordimiento comenzó á roerle y agitarle interiormente. Lo mismo sucede á todo el que peca. Al principio, la pasión encubre la gravedad del pecado; pero una vez satisfecha, se reconoce el mal por el remordimiento. Judas lleva el dinero á los sacerdotes y se los arroja en el templo; Dios no permite que se goce por largo tiempo de los bienes mal adquiridos. Confiesa su culpa, pero encuentra malos sacerdotes que en lugar de ayudarle á levantarse, lo dejan que se pierda; pues sólo le contestan: «¿Qué nos importa? ese es negocio tuyo.»<sup>2</sup> » Así es,

<sup>1</sup> Juda osculo Filium hominis tradis? Luc. XXII, 48.

<sup>2</sup> Quid ad vos? tu videris. Matth. XXVII, 4.

que estos sacerdotes, por un modo tan poco caritativo de tratar á un pecador arrepentido, contribuyeron á la desesperación de Judas. Si sois sacerdote encargado de oír á los penitentes, guardaos de ocasionar la ruina de las almas, ó por un rigor indiscreto, ó por demasiada condescendencia. Así Judas, rechazado de los sacerdotes, frustrado en la esperanza del perdón que lo había inducido á pecar, va, se cuelga de un árbol y muere impenitente. Ciertamente fué un gran crimen en él, de abusar de la bondad de Dios para ofenderle; pero fué más grande la culpa de no creer á Dios tan misericordioso para perdonar la ofensa. Si habeis sido conducido al pecado por la esperanza del perdón, que una esperanza mejor os conduzca ahora al arrepentimiento.

### III

Considerad que si Judas cayó, los otros discípulos nó permanecieron muy firmes; pues todos abandonaron á Jesús cuando le vieron en poder de los soldados.<sup>1</sup> Mas, ¿de dónde vino tan gran debilidad en los discípulos que habían sido siempre fieles? ¿Lo sabeis? Es que no oraron, y les faltó la humildad y el valor.

I.—Los apóstoles abandonaron á su Maestro por haber descuidado el hacer oración. Jesús, en el huerto interrumpió muchas veces su oración para advertirles que no durmieran, sino que velaran y oraran.<sup>2</sup> ¡Oh qué vida tan hermosa la de un eclesiástico, que habituado á tratar con Dios, deja á Dios por Dios tan luego como es menester correr al socorro del prójimo, y luego vuelve de nuevo á tratar con Dios! Mas los apóstoles hicieron poco aprecio de los consejos que se les habían dado: se entregaron enteramente al sueño, cuando tenían mayor necesidad de velar y orar; no supieron triunfar de ese sueño, á pesar de las tres advertencias de su

<sup>1</sup> Omnes relicto eo fugerunt. Matth. XXVI, 50.

<sup>2</sup> Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem. Matth. XXVI, 41.



Maestro: mas Judas, sí velaba para cumplir su traición y ganar sus treinta dineros. ¡Cuántos más sacrificios se hacen por un interés terreno, ó aun para servir al demonio, que por el interés de su alma, y para la gloria de Dios! No se siente cansancio, ni hay sueño cuando se trata de asistir á una comedia; mas si se necesita, durante una noche ayudar á un enfermo á bien morir, nó se puede hacerlo, nó se tiene bastante fuerza para eso. Luego que los apóstoles descuidaron la oración, cayeron en la tentación y abandonaron á Jesucristo. La falta de oración es la primera causa de toda caída, pues la perseverancia en el bien es un don de Dios; y este don, Dios no lo concede sino á la oración, como dice San Agustín: «Nosotros creemos que nó obtendreis ningún socorro, sino orando.»<sup>1</sup> Jesucristo nos dió el ejemplo; oró y orando triunfó del temor; y en seguida se presentó generosamente al encuentro de la muerte que al principio tanto había temido. Si vos haceis otro tanto, triunfareis de todas las dificultades, pues por la oración obtendreis la ayuda de Dios.

2.—Los apóstoles abandonaron á su Maestro; y ¿sabeis por qué? porque contra todas las reglas de la humildad cristiana, presumieron demasiado de sí mismos. Mirad, como habiendo sido advertido Pedro de la próxima tempestad que iba á desencadenarse, nó se humilló; sino que dió esta respuesta: «Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo.»<sup>2</sup> Santiago y Juan siendo interrogados, si podrían beber el caliz de la Pasión, afirmaron: *Possumus.* (*Matth.* 20, 22). Tomás había dicho: *Eamus et nos ut moriamur cum eo.* (*Joan.* II, 16). ¡Muy grandes promesas! Mas las acciones no correspondieron á las palabras: y esto mismo sucederá con frecuencia al que confía demasiado en sí mismo. «Los hijos de Ephrem, hábiles para tender y tirar el arco, han vuelto la espalda en el

1 Nullum credimus, nisi orantem, auxilium promereri. *Lib. de Eccl. dogm. cap. 50.*

2 Etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor. *Marc. XIV, 29.*

día del combate.»<sup>1</sup> El que se estimaba como un valiente arquero emprende la fuga en el momento de combatir. Dios permite las caídas en aquellos que confían en su propia virtud; en primer lugar para enseñarlos á humillarse; y también para que después de que hayan conseguido alguna victoria sobre la tentación, nó se atribuyan la gloria á sí mismos, sino que reconozcan que la victoria les viene de Dios. El Señor no se complace en el que se confía en el valor de su caballería ó de su infantería; sino en aquel que, temiendo ofenderle, espera el auxilio de su misericordia. «No es el vigor del caballo lo que le place, ni las piernas del hombre le son agradables. El Señor tiene su complacencia en aquellos que le temen, y en los que tienen confianza en su misericordia.»<sup>2</sup> ¡Cuántas resoluciones, á vuestro parecer muy firmes, habeis hecho! ¡Y cuán pocas habeis puesto en ejecución! ¿No os habeis mostrado muy distinto de lo que habíais jurado ser? Pues humillaos en medio de vuestros piadosos sentimientos, y temed siempre vuestra fragilidad.

3.—Este temor debe estar siempre junto con un grande ánimo: pues la humildad cristiana no es pusilánime sino animosa. Si teme por desconfianza de sí misma, no se espanta jamás, porque pone su confianza en Dios. Santo Tomás<sup>3</sup> se apoya en esta verdad para probar que la humildad no es contraria á la magnanimidad, sino antes bien, es como su hermana. El abad Ruperto estableció la heroica empresa de Moisés sobre su humildad. «Porque te humillas, yo te levantaré, y haré de tí el Dios de Faraón.»<sup>4</sup> En el huerto de Gethsemaní, los discípulos de Jesús faltaron á la humildad; y por consiguiente les faltó el valor. Si Pedro echó mano á la espada para defender á Jesús, fué sólo una valentía de po-

1 Filii Ephrem intendentes, et mittentes arcum conversi sunt in die belli. *Ps. LXXVII, 9.*

2 Non in fortitudine equi voluntatem habebit, nec in tibiis viri beneplacitum erit ei: beneplacitum est Domino super timentes eum, et in iis qui sperant super misericordia ejus. *Ps. CXLVI, 10.*

3 (*In 2<sup>a</sup> 2<sup>ae</sup> q. 129, a. 3, ad 4.*)

4 Quoniam te deprimis, sustollam te, faciamque te Deum Pharaonis. *l. I, Exod. c. XXVI.*



ca duración; y Jesús no la alabó ni fué de su agrado; sino que aun la desaprobó como una imprudencia; y ya vemos cómo á Pedro le faltó el valor y emprendió la fuga como los demás. Así pues, mientras vieron á Jesús hacer milagros, llevar tras de sí las multitudes, atraerse los aplausos, permanecieron los apóstoles á su lado; mas cuando le vieron perseguido y encadenado, tuvieron miedo y le abandonaron cobardemente. Jesús tuvo en su compañía á todos sus apóstoles, en la mesa, mas no vió á ninguno en su prisión. Guardaos de portaros de esta manera con Dios, que os alimenta con su pan, sobre todo si teneis algún beneficio: no le abandonéis á merced de sus enemigos; antes bien, procurad impedir que se le ofenda: pues sería una indignidad si vos también, por respeto humano cooperáseis á sus ofensas.

*Respice quæsumus, Domine, super hanc animam meam, pro qua Dominus noster Jesus Christus non dubitavit manibus tradi nocentium, et Crucis subire tormentum. Qui tecum vivit, etc.*

LECTURA. Imit. III. 32, 41.

## XVII. MEDITACION

### De los principales misterios de la Pasión.

#### NOVENO DIA.

##### ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio.*—Representaos al Salvador cubierto de llagas, desde la cabeza hasta los pies, chorreando sangre, tal como lo presentó Pilato en su palacio para excitar la compasión del pueblo. Figuraos oír al Padre Eterno que os dirige estas palabras mostrándoos á Jesús: «He aquí el hombre, he aquí vuestro Rey.»<sup>1</sup> He aquí vuestro Jefe, el modelo que os ha-

<sup>1</sup> Ecce homo; ecce rex vester. Joann. XIX, 5.

beis propuesto imitar, he aquí vuestro rey que os habeis propuesto seguir.

II. *Preludio.*—Pedid á Jesús la gracia de compadecer sus dolores, de padecer con él para reinar con él. «Si morimos con él, viviremos también con él.»<sup>1</sup> «El Cristo ha padecido por nosotros, dejándoos un ejemplo, á fin de que sigais sus pisadas.»<sup>2</sup> Podeis también recurrir á María, Madre de dolores, pidiéndole la misma gracia con estas palabras: «Haz que en mi alma estén de fijo—Las llagas del Crucifijo,—Porque nunca las olvide: Las penas que en tí ha causado.—Ver á tu Hijo tan llagado— Por mí, conmigo divide.»<sup>3</sup> Estos textos podrán servir de oraciones jaculatorias para la mañana.

Meditareis en tres misterios de la Pasión del Salvador: 1º, en la flagelación; 2º, en la coronación de espinas; 3º, en la crucifixión.

## I

Considerad los crueles dolores que padeció Jesús cuando fué atado á una columna. Podreis comprender algo de la grandeza de estos dolores, si meditais detenidamente en el juez, los verdugos y la misma flagelación.

I.—El juez es Pilato: éste mandó que azotaran á Jesús aunque conocía su inocencia. Pilato cometió tres grandes ofensas para con Jesús, que vinieron á agravar los golpes de la flagelación.— 1) La primera fué poner en paralelo la inocencia de Jesucristo con la maldad de un Barrabás, ladrón, asesino y sedicioso; como si entre los dos nó hubiese mucha diferencia. Otra ofensa de Pilato para con Jesús, fué dejar al pueblo la libertad de designar el que se debía dejar libre; pues este paralelo fué también un estimulante para la cruel-

<sup>1</sup> Si sustinebimus, et eonregnabimus. II Tim. II, 12.

<sup>2</sup> Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. I Pet. II 21.

<sup>3</sup> Sancta Mater istud agas, Crucifixi fige plagas cordi meo valide. Tui Nati vulnerati tam dignati pro me pati poenas mecum divide.